

IRIS



25 CENTS.

BARCELONA, 29 JULIO 1899

NUM.

ADMINISTRACION
50, PLAZA DE TETUÁN 50
BARCELONA

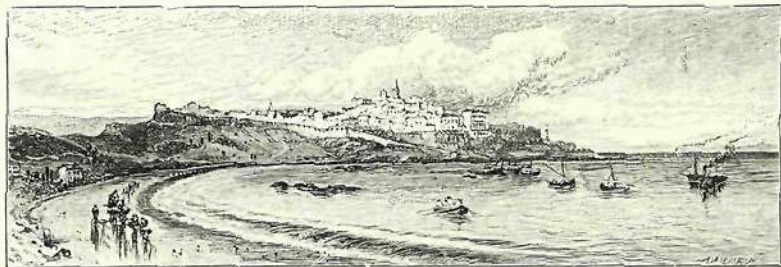
IRIS

DIRECCIÓN Y REDACCIÓN
50, PLAZA DE TETUÁN, 50
BARCELONA

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

SE PUBLICA TODOS LOS SÁBADOS • 25 CÉNTIMOS NÚMERO CORRIENTE Y ATRASADO
PORTUGAL, 60 REIS

POR TODO MARRUECOS



POR

JULIÁN ÁLVAREZ DE SESTRÍ

Obra ilustrada con magníficos grabados, según fotografías ó dibujos del natural.—Un tomo en tela, 7'50 pesetas.

LOS TRES GUARDIAS DE LA REINA

POR

RAFAEL DE LA CUESTA

35 cuadernos, que forman 2 tomos, y encuadrada, 20'50 pesetas.

EL CORAZON DE UN TORERO

ORIGINAL DE

ENRIQUE FERNÁNDEZ DE LARA

35 cuadernos, que forman 2 tomos, 17'50 pesetas.
Encuadrada, 21'50 pesetas.

EL JURAMENTO DE UN PROSCRIPTO

POR

RAFAEL DE LA CUESTA

40 cuadernos, que forman 2 tomos, y encuadrada 23 pesetas.

LOS DRAMAS DE MADRID

POR

EDUARDO BLASCO

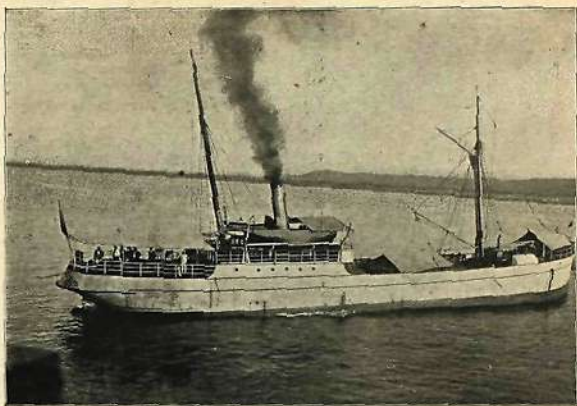
25 cuadernos, que forman 2 tomos, 12'50 pesetas.
Encuadrada, 15'50 pesetas.

NOTAS SOBRE EL RIF

La mujer marroquí, y más especialmente la rifeña, es un ser llegado á tal extremo de embrutecimiento é ignorancia, que ninguna prueba sería tan elocuente *como su comparación* con las mujeres de Europa para ver la diferencia enorme que media entre el Corán y el Evangelio, á pesar de lo mucho que Mahoma enalteció al bello sexo musulmán.

La mora está absolutamente subyugada á su marido; no tiene voluntad; ha de casarse con el que la mandan, no con el que *su corazón elegiría*; para ella están reservados los trabajos más rudos y las más denigrantes faenas, y cuando su rostro comienza á surcarse de arrugas vienen entonces el abandono y los malos tratamientos.

La mora no ve en el hombre al marido, sino al amo, y si por desgracia éste



EL VAPOR DE GUERRA MARROQUÍ «HASSANI»



CARABO RIFEÑO

Marruecos: grandes reuniones, en las que no falta el asado ni la miel, y grandes bailloteos y cantes. En algunas tribus van á buscar á la novia procesionalmente, precedidos de grandes banderas rojas ó verdes; en otras acuden por separado ambos contrayentes á la casa del santon, el cual les predica larga-

nota ó sospecha no ya una infidelidad de obra, sino de pensamiento, viene el repudio; y cuando no, el puñal ó el veneno acaban con ella. De ahí que todo el cariño de la mora se reconcentre en sus pequesuelos, á los que adora con cariño salvaje, semejante al de las fieras.

Si la mora tiene la suerte de casarse con un rico, sólo tiene que pensar en presentarse bella y seductora á los ojos de su esposo; pero si se casa con un pobre la existencia que se la depara es para tener envidia á las acémilas.

Los casamientos se verifican en el Rif como en el resto de



RECÍEN CASADOS DE LA KÁBILA DE BOCOYA

mente sobre sus respectivas obligaciones. Objeto de lujo, medio de placer, la mujer marroquí sólo adorna su cuerpo y afina su gusto; privada de toda consideración y despreciada en la sociedad vive y muere como un ser sin inteligencia ni sentido moral.

Digna de semejante estado social es la piratería rifeña, en cuya práctica se llevan la palma los Bocoys. Arreglados sus especiales *cárabos* en la playa de la tribu, provistos de armas de fuego y de abordaje, con ligeros botes en que transportar á tierra lo robado, hácense los piratas á la mar, á favor de la niebla ó de las sombras de la noche, acuchando su presa. Una vez la han divisado, rodean con sus cárabos el velero objeto de su salvaje agresión, le intiman se rinda, y si no obedece puebla el espacio el ruido de las descargas, vertiéndose la inocente sangre de los pobres navegantes.

Después, el desenfreno más horrible, el saqueo más horroroso, el pillaje más inhumano. Los que han sobrevivido son maniatados, maltratados, arrojados al fondo del inmundo cárabo para ser luego vendidos, si es que no los rescata á subido precio el gobierno de su nación. Las mercancías, aparejos, muebles, ropas, provisiones, todo cuanto lleva el barco es trasladado á la playa donde se lo reparten los piratas. Los cautivos son encerrados en inmundos chiribitiles, sin más alimento que pan de centeno, miel y de vez en cuando carne de burrego; por lecho, un montón de paja, cuando no el duro suelo; por vestidos, los andrajos que les han dejado encima los piratas rifeños. F. PITA

CELEBRIDADES PORTUGUESAS



MOUSINHO DE ALBUQUERQUE

Mousinho de Albuquerque es uno de los más ilustres portugueses contemporáneos, valiente militar cuyos hechos ha pregonado la fama mucho mas allá de los estrechos límites de su patria agradecida.

Su nombre venia ya cercado de la gloria de antepasados bien conocidos en la historia del vecino reino. Pero el valor, el patriotismo y la bravura del ilustre caudillo no necesitaban de ningún modo de su familia. En la guerra de los portugueses con sus temibles vecinos de Lorenzo Marqués, los vátuas, Mousinho alcanzó nombre y fama perdurables. Aprisionando el bárbaro y temido Gungunhana, jefe de

aquellos salvajes, el valiente caudillo portugués adquirió reputación heroica, ya imperecedera.

Amelia Vieira es hoy día la más romántica, la más apasionada, la más vibrante de las actrices dramáticas de la escena lusitana. En su vasto repertorio, lucen como astros brillantísimos, triunfos inolvidables. Amelia interpreta como actriz de notable talento *La dama de las camelias*, *La Morgadinha de Val Flor*, y cuantas obras demandan alma fogosa de mujer, ardor y sentimiento.



AMELIA VIEIRA DOS SANTOS



HUERTAS: ENTRE FLORES

EL PALACIO ENCANTADO

Alguien me dijo una vez que había visitado un palacio encantado.

Me indicó el sitio, y fui á ver aquella mansión mágica.

Se me había ponderado que los que allí vivían, gozaban de dicha completa. Risa sin lágrimas, amor sin hiel, esperanza sin desengaño. Sólo, en este palacio, reinaba, por lo visto, la felicidad humana. Llegué á su puerta y me colé de rondón. Con quien primero tropecé fué con una joven. Era hermosa, extrañamente hermosa. Algo demacrada; pero ¡con unos ojos! ¡Brillaban de un modo! Parecían dos diamantes negros.

—¿Has visto á mi amante?—me preguntó.

Y envolvió la pregunta en una celestial sonrisa.

—¡No importa!—prosiguió.—Sé que me ama. Nunca he creído que se haya casado con otra. Nadie ha podido separarnos. ¿Comprendes tú que pueda desunirse un párpado de otro párpado? De día se despegan, pero de noche vuelven á juntarse. De día se esconde de mí. Teme á la gente, al sol, al ruido. Pero, cuando llega la noche, yo me encierro en mi aposento, abro la ventana y entra la luna, los perfumes del jardín, los cantos de los pájaros, y, acompañado de todo esto, entra mi amante. Entonces soy feliz, lo seré mientras viva.

Salí después á mi encuentro un viejo. Llevaba la frente alta. Tenía la majestad de un soberano.

—¿Puedo confiarme á tí?—me dijo de sopetón.—Sí, quiero que se publique la verdad. Yo jamás he estado arruinado. Desmiente á todos los que propalan que no soy rico. Duermo en cama de oro y marfil. Mis alfombras son de plumas de cisne.

El piso de mis cuadras está empedrado de doblillas, y los clavos de las herraduras de mis caballos tienen por cabeza brillantes. Uso para

polvos de salvadera perlas molidas. Es mi fortuna tan grande, tan inmensa, que destino á los servicios más bajos las materias más preciadas. Anda, cuenta por ahí que soy el más opulento de todos los hombres.

Iba á suplicarle que me concediera alguna migaja de tan fabulosos caudales, cuando me volvió la espalda y escapó, oprimiéndose las ropas, como si temiera que tantos tesoros se le salieran de los bolsillos.

Una noble matrona cortóme luego el paso, rebo-sando maternal ternura.

—¡Adiós, hijo mío!—murmuró echándome los brazos al cuello.—¡Cuánto has tardado! Siempre fuisteis olvidadizos los hijos. Pero las madres siempre nos acordamos. Nuestra memoria está en nuestras entrañas. Menester es que nos arranquen éstas para que perezca aquélla. Mira tú, murieron mis padres, mis hermanos, mi familia toda. Murió también mi esposo. Dicen que murió asustado mi hijo. Pero eso es mentira. Los hijos no mueren nunca. Son inmortales en el corazón de una madre. Tú eres mi hijo, lo sé. Son



hijos míos todos los jóvenes. Sino que no me reconocéis. ¡Debo estar tan cambiada! Sin embargo, no sufro, no conozco el dolor. La idea de que soy madre es una idea que derrama en mi alma un gozo inextinguible.

Quise besar la mano de aquella buena señora, pero me lo impidió una viejecita muy emperegilada.

—¡Caballero! ¡Caballero!—gritó.—No permito que aquí se rinda más homenaje que á mi hermosura. Miréla; y no me pareció tan bella como pregonaba. La otra señora ya se había alejado, dejándome en compañía de la recién venida.

—¿Es posible, caballero,—continuó,—que no le seduzcan á usted mi garbo, mi lozanía, mi elegancia? Mi cuello es de alabastro, mis labios de coral, de rosa mis mejillas. Mis ojos son dos luceros. Tengo por tallo un junco; por manos azucenas; por dientes piñones; por cejas, plumas de golondrina. Yo soy la juventud, la beldad, la frescura perpetua. Soy una flor; una flor que es inmarchesible. Tengo por escolta, como una reina del amor, ejércitos de galanes. A mi paso, llueven en torno mío billetes perfumados. No me dejan dormir las serenatas. Las flores, al verme, palidecen de envidia; los pájaros suspenden sus cantos, enamorados de mí, y me requiebran; el agua de los riachuelos sale á mí encuentro para copiar y llevarse mi imagen. Yo no envejezco nunca. Mis quince años son eternos.

Ya, casi convencido, iba á postrarme de rodillas ante tantas perfecciones, cuando, la que hubo de parecerme acicalada viejecilla, desapareció, como una visión, perdiéndose por el fondo de los largos corredores.

Disponíame á salir; mas me retuvo un mozalbete de tez pálida, luenga melena y ojos fulgurantes.

—¿Qué vienes á hacer aquí?—me interpeló.—¿Eres quizás crítico de poetas, roedor de versos? Si lo eres nada sacarás de mí. Yo soy el poeta por excelencia, el vate inédito, el talento oculto, el genio desconocido. Soy el que ve lo invisible; el que canta lo que no tiene voz; el que siente lo que parece muerto. Yo tengo versos, versos que vuelan como alas, que arrullan como la brisa, que brillan como rayos de sol. Tengo versos para todo lo humilde, para todo lo fugaz, para todo lo incorpóreo. Todo es grande en mi mente: el grano de arena es montaña; el gusano, creación divina; unos ojos, un cielo. Soy feliz. Nadie puede disputarme mi gloria; nadie puede profanar mis estrofas. Porque, aunque he compuesto millones de versos, ni los escribo, ni los recito. Apenas salen de mis labios, en las soledades de mi inspiración, los dejo ir por el viento para que siembre de armonías rítmicas la prosaica tierra.

Y se apartó de mí el mozo balbuciendo, sin duda, alguno de sus poemas aéreos.

Al llegar á este punto, mi estupor fué grandísimo. Todo lo que en aquella casa hube de saber, podía ser posible, aunque extraordinario. Pero ¡un poeta que no escribe ni lee sus versos!

Indudablemente aquello era un lugar hechizado, delicioso, perfecto onde cada morador vivía en el pleno dominio de sus ilusiones.

—Diga usted,—pregunté á alguien que pasaba.—¿Qué sitio es éste? ¿Es, sin duda, el palacio encantado de que he oído hablar? ¿La mansión en la cual todos son dichosos?...

—¿Palacio encantado? ¡No, señor!

—¿No?

—Es un manicomio.

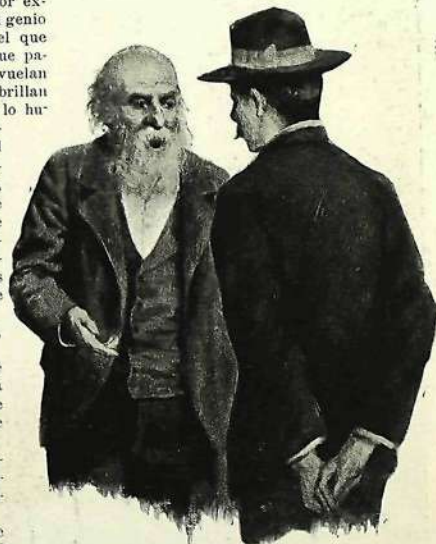
—¡Ya! Y todos esos con quienes he hablado por estas galerías son...

—Locos.

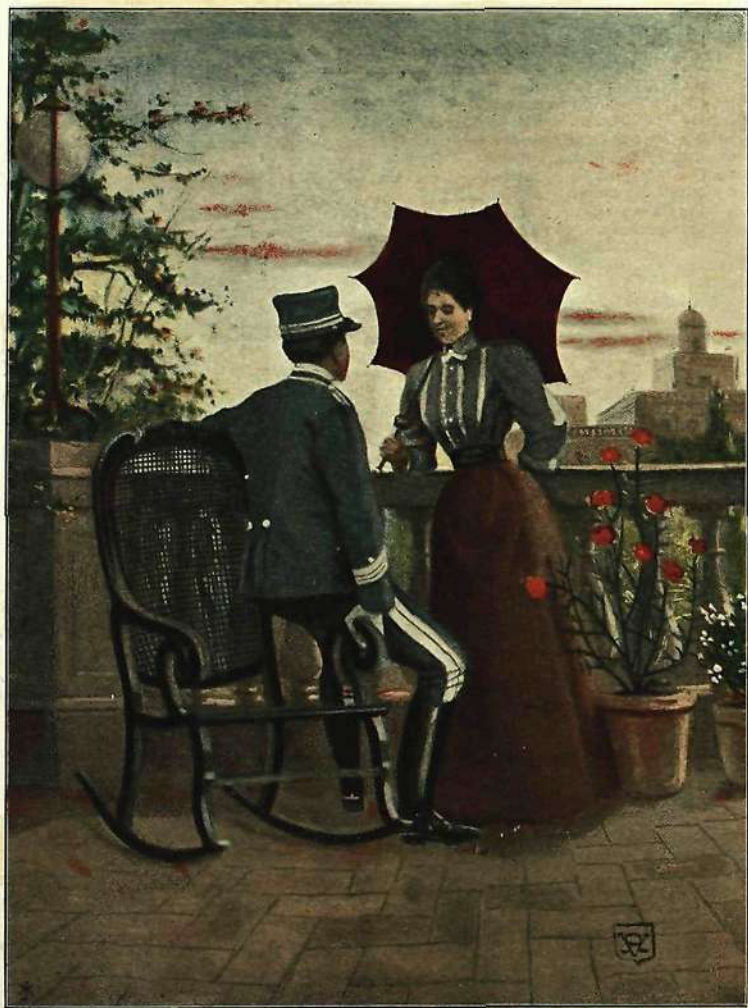
—¿Y andan sueltos?

—Son los más pacíficos.

Entonces comprendí que tanta felicidad sólo podía ser locura.



JOSÉ DE SILES



EN LA TERRAZA

LA ESCUADRA FRANCESA EN BARCELONA



RECEPCIÓN DE LOS MARINOS FRANCESES EN EL AYUNTAMIENTO.—GUARDIA MUNICIPAL Y PORTEROS DE MAZA



EL ALMIRANTE FOURNIER BRINDANDO



DURANTE LOS BRINDIS



LA PRESIDENCIA



BAILE EN EL TEATRO LÍRICO EN HONOR A LOS MARINOS
FRANCESES.—LA PLATEA

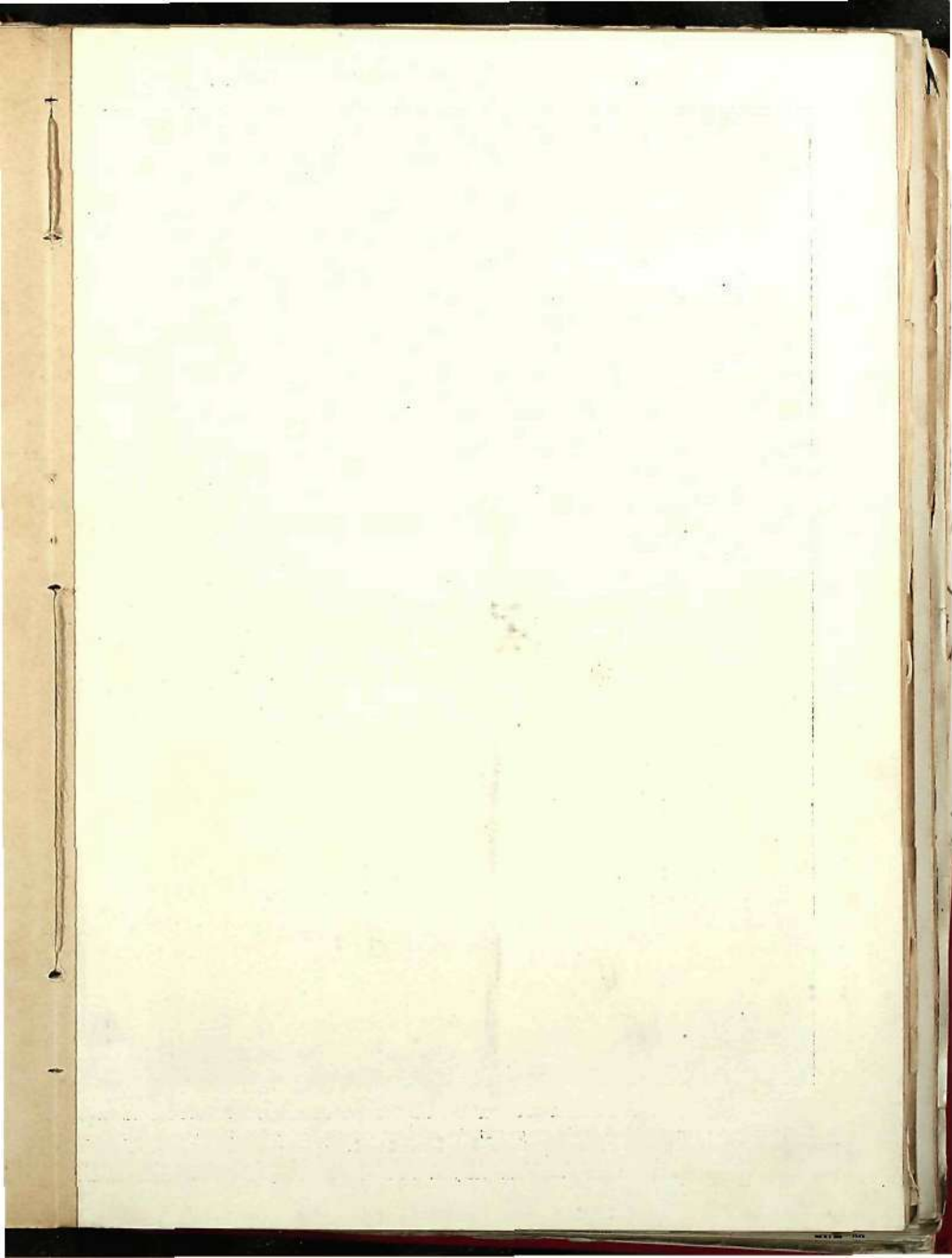
¡Cuán poco dura la felicidad humana!

Así exclamaba todavía ayer uno de nuestros primeros pegotes comiéndose el último de los emparedados procedentes, no de empeño, sino de uno de los muchos banquetes con que ha sido obsequiada la escuadra francesa que el pasado lunes abandonó el puerto de Barcelona.

Las fiestas que en obsequio á los marincs de la nación vecina se han celebrado, han sido, en general, dignas de un país culto. Sólo ha habido dos notas discordantes. Una los incidentes de que con tan exquisito tacto ha hablado el almirante Fournier en su carta de despedida al capitán general y que, según sus palabras, «hubieran podido hacer desmerecer el concepto que de nuestra ciudad se lleva» de no haber sabido que son imposibles de evitar allí donde se reúnen grandes multitudes. No estoy del todo conforme respecto á esa imposibilidad, pero no agradezco menos como español, la benevolencia del jefe de la escuadra francesa, cumplido caballero que deja aquí muchas y muy merecidas simpatías. En



EL VESTIBULO





LA ESCUADRA FRANCESA DEL MEDITERRANEO EN BARCELONA. — ACORAZADO «BRENNUS» — BUQUE INSIGNIA DEL ALMIRANTE FROBERNIER

Este formidable buque fue botado al agua en 1891, tiene el casco de acero y desplaza 11,200 toneladas. Mide 120 metros de eslora, 20 de manga y 9 de pontal; las máquinas desarrollan 13,000 caballos de fuerza, y su marcha es de 17 1/2 millas por hora. Tiene dos hélices, y las carboneras pueden contener 800 toneladas de combustible. El espesor del blindaje es de 40 centímetros en el casco, de 45 en las torres y de 10 en el puente. Monta 5 cañones de 34 centímetros, 10 de 26, 4 de 65, 11 de 47 milímetros y 8 de 32, de tiro rápido, además de 2 cañones-revolver; total: 46 cañones, que hacen fuego desde todas partes. Además posee 4 tubos lanza torpedos. La artillería consta de un palo a pica con dos cofas militares, y un mástil de señales a pica. Tiene 630 chiclecos, de forma rectangular. La tripulación es de 672 individuos, al mando de un capitán de navío.



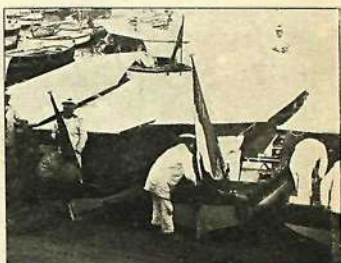
EL ABASTECIMIENTO:—DESCARGA DE VÍVERES



LANCHA DE VAPOR REMOLCADORA



LA AGUADA



EMBARCANDO PROVISIONES



EN EL EMBARCADERO DE LA PAZ



RUMBO Á BORDO

cuanto á los promovedores de los susodichos incidentes, si saben leer entre líneas, bastante castigados están con la hábil epístola á que me he referido. La segunda nota que ha discordado tiene cierto carácter bufo y revela que entre cierta clase de gentes que llevan levita como podrían llevar albarda y que presumen de elegantes y bien educados abundan dos cosas: el hambre y la desvergüenza.

Allí donde se ha dado de comer, beber y arder á los invitados (y esta parte de agasajos ha figurado en casi todos los programas), buena parte de ellos ha entrado á saco los comedores, realizando toda suerte de inconveniencias, los unos tal vez por resarcirse de los futuros ayunos á que se han de ver condenados con motivo de los gastos hechos para presentarse con la *indumentaria* que el caso requiera; otros, los más, por confundir el desenfado de buen tono con la falta de aprensión por natural grosería que los trapos no bastan á corregir, por hacerse los graciosos etc., etc.

Hubo momentos en que se venía á la memoria la comida de las fieras ó el espectáculo que puede ofrecer una plaza tomada por asalto, al ver, por ejemplo, el comedor del *Brennus*, lleno de señoritos

famélicos ó estúpidos que hacían alarde de devorarlo todo, como si no hubieran comido en tres meses y de destrozarlo todo cual si se hallasen en país conquistado. Alguno de dichos pegotes á quienes una lamentable tolerancia permite introducirse donde no deberían figurar más que personas decentes, se llevó víveres para una semana.

Uno de tantos fué el autor de la exclamación con que he encabezado éstas que hoy merecen justamente ser calificadas de cortas líneas, sino por sus dimensiones por su número. Y no hay que creer que me he vuelto perezoso: es que los grabados hacen hoy lo que hicieron los famélicos el pasado domingo: se lo llevan todo.

EDUARDO BLASCO



LLEGADA DE LOS INVITADOS AL BAILE CELEBRADO A BORDO DEL «BRENNUS».



EL ALMIRANTE FOURNIER EN EL «CERCLE FRANCAIS» DE BARCELONA



LÓGICA PARLANCHINA

Es mi amigo Bienvenido
(un señor muy chiquitín)
el hombre más parlanchín
que en mi vida he conocido.

Discute siempre con todos
ansioso de disputar,
porque con tal de charlar
charlará hasta por los codos.

Quiso célibe vivir
y dió su brazo á torcer,
mas que por tener mujer
por tener con quien reír.

Y es, en fin, tan lenguaraz
que habla dormido y despierto,
y presumo que ni aun muerto
dejará la lengua en paz.

Pues bien: este señor que
por hablar tanto discurre,
todas las noches concurre
al café de San Tomé.

Tiene allí su reunión,
y, como en hablar se empeña,
por la cuestión más pequeña
entabla una discusión.

Si habla cualquier concurrente
en alabanza del vino,
dice que es un desatino,
que es mejor el aguardiente.

Si dice algún tertuliano

que es en el verano enorme
el calor, no está conforme,
y elogia al punto el verano.

Si habla bien otro señor
del partido liberal,
de este partido habla él mal
y bien del conservador.

Si el redactor de un diario
critica á cualquier político,
por oposición al crítico
él opina lo contrario.

Y audaz siempre y siempre franco
nunca se ve en un apuro
al hacer lo blanco obscuro
ó al hacer lo obscuro en blanco.

Por lo cual un socialista
le dijo en cierta ocasión:
—Huelga toda discusión,
porque es usted un sofista.
¡Vive Dios, que ya me quema
su conducta estrafalaria,
porque lleva la contraria
y la lleva por sistema!

Y él, echándose á reír,
repuso: —Llevarla debo,
y me debe usted aplaudir;
pues, hombre, si no la llevo
¿no es posible discurrir!

J. F. SANMARTÍN Y AGUIRRE





Lo que se va á leer sucedió en un país lejano, hace ya muchos años.

Había allí una corte, de altísima representación en Europa, no solamente por su fausto sino por las proverbiales virtudes de la real familia, y así no es de extrañar el inmenso escándalo que causó la aparición en las columnas de *El Demoledor* de una serie de tremendas revelaciones sobre los personajes de Palacio, incluso el mismo príncipe heredero, que era precisamente quien salía peor librado.

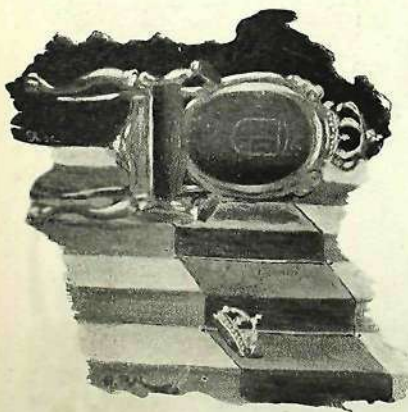
Aquellos modelos de virtud eran ellos una gavilla de ladrones, estafas y borrachos y ellas una caterva de mujerzuelas, ávidas de dinero y sin asomo de pudor. Y las revelaciones eran abrumadoras: saltaba á los ojos su veracidad; al denunciador no le dolián prendas para aportar pruebas de todo cuanto decía.

La consternación era general; los palaciegos no se atrevían á presentarse en público: el príncipe heredero había pretextado una enfermedad para emprender un viaje al Asia.

¿Quién era el delator? ¿Quién era el infame personaje que tal abuso de confianza cometía? Porque sólo un personaje de los de primera fila podía ser sabedor de aquellos hechos, imposibles de trascender al conocimiento del vulgo de los mortales.

La policía se volvía loca: los ministros parecían haber perdido la cabeza, y para colmo de escándalo, no atreviéndose *El Demoledor* á continuar la serie, apareció una hoja clandestina que antes que en ninguna otra parte se filtraba en el palacio.

Todo fué inútil para descubrir á los autores.



Un año después había caído el ministerio conservador, y su presidente viajaba por el extranjero, dando la casualidad de encontrarse un día en Constantinopla con el príncipe heredero de su país, á quien se apresuró á visitar para ofrecerle sus respetos.

El ex presidente era una persona de aspecto respetabilísimo, de austeras costumbres, de principios extremadamente rígidos. Su muletilla era la *defensa de la sociedad, las sacrosantas bases del orden, la propiedad y la familia*, etc.

El príncipe heredero le invitó á comer, y como es natural, el ex presidente aceptó con reconocimiento tal honor. Fué una comida ceremoniosa, reservada; el príncipe heredero no podía olvidar el motivo que le había obligado á viajar, y el ex presidente respetaba tan delicada situación.

Pasaron luego al salón de fumar, y el príncipe heredero dijo:

—Ya ve usted, amigo mío, á qué extremo me he visto reducido. ¡Qué horribles días aque-

llos en que mi nombre apareció en aquel inmundo papelucho, arrastrado por el fango, puesto por debajo del más vil de los seres!

—¡Ciertamente fué un escándalo jamás visto.

—¡Y aquella policía tan imbécil, que no pudo descubrir nada! ¡Ni la más insignificante pista!

—Era imposible.

—¿Imposible? ¡Oh, no! En cualquier otro país se hubiera dado con los autores.

—Era imposible, señor, porque el único que hubiera podido descubrirlo era yo... y yo era quien lo publicaba.

El príncipe se puso en pie, de un brinco, como si le hubiese mordido una víbora.

—¡Vos! ¡Miserable! ¡Vos!

—Síntese V. A. y no alborote, porque... podrían aparecer más revelaciones aun en *El Demoledor*. Lo se todo, todo... ¡todo!

El príncipe, agobiado bajo el peso de aquella amenaza, volvió á sentarse, convirtiéndose en aplanamiento su anterior excitación.

—Príncipe, —prosiguió diciendo el ex presidente;— antes de llegar á ser ministro fui otras cosas: empecé mi carrera de escribiente y fui durante

dos años empleado subalterno del Coto de la Cierva, donde vuestro augusto padre se dignaba cazar con frecuencia. A la sazón tenía yo una hija tan hermosa como no llegarán á serlo todas las damas de la corte juntas: era mi ídolo y el ídolo de su madre. Vuestro augusto padre la sedujo, la abandonó como no hubiera hecho el más villano rufián y mi hija, loca de dolor, se mató arrojándose en el lago. Juré vengarme y ya ha visto V. A. si lo he conseguido.

El príncipe bajó la cabeza.

—Treinta años he estado fingiendo. Sólo por vengarme quise ser lo que he sido. Trabajé desesperadamente, intrigué, me aviné á sufrir humillaciones, á traicionar á los partidos en que he figurado. Por vengarme me lancé á la política, me empecé en ser orador, escritor, hacendista. Vuestro padre no se acordaba ya de que aquel diputado que tan bríosamente le defendía de los ataques de sus encarnizados enemigos era el pobre amanuense de la Cierva, cuya hija había deshonrado. ¿Cómo había de acordarse? Además, mis compañeros y jefes murieron todos antes de que comenzara á sonar mi nombre en los periódicos. Todo cuanto ha podido minar el trono que ocupará, ó no ocupará V. A., todo ha sido obra mía. Yo he fomentado las sociedades secretas, yo he exasperado á los liberales con mi sistema de represión, yo he hecho apartar al pueblo de al rededor de la dinastía. ¡Ha sido una obra gigantesca, de la que me alabo! Y ahora, ya sabe V. A. porque la policía no consiguió descubrir nada.

—¡Habéis sido un miserable! —exclamó el príncipe, pálido de ira.—¡Vuestra venganza ha sido una cobardía! Habéis herido en la sombra, habéis dado á mi padre el beso de Judas.

—No, porque no era ningún Jesús. Y ahora, príncipe, preparaos á recibir otra noticia, y es que á estas horas habrá estallado la revolución para derribar del trono á vuestra dinastía. Con sus años no va ya á poderlo resistir el pobre. No tengo más que deciros.

—¡Oh! ¡No saldréis de aquí con vida! —exclamó el príncipe tratando de detener al ex presidente.

—¡Paso á la justicia! —gritó el anciano.—No queráis ser asesino después de haber sido...

Y pronunció algunas palabras en voz baja, que hicieron bajar la cabeza al príncipe.





E. ALVAREZ DUMONT: JUGADA DE COMPROMISO

FERIAS Y FIESTAS DE VALENCIA

Como siempre, se ha distinguido Valencia al celebrar su feria de Santiago por el carácter artístico de los festejos que tanto atractivo proporcionan á aquel anual acontecimiento. El buen gusto innato en los hijos de aquella región privilegiada halla fundamento en cualquier ocasión para demostrarse, pero, sobre todo, al tratarse de la feria. Este año ha figurado en el programa una nota de las más simpáticas, cual ha sido la inauguración del monumento elevado en la Glorieta, á la memoria del insigne sainetero Escalante, de cuyo fecundo talento tantas creaciones esencialmente valencianas surgieron... sin perjuicio de ser *anexionadas* á otro teatro de diversa lengua.

El sentido artístico á que antes nos referíamos se ha revelado en la disposición de las tiendas de la Alameda, en el decorado de las calles, en la batalla de flores, en la gran cabalgata, en los bailes populares y en todas las diversiones, en una palabra, que han constituido el aliciente de la feria, dignamente pregonada, por cierto, por el magnífico cartel que reproducimos, original del distinguido pintor Sr. Igual, litografiado por el Sr. Gascón y tirado en el establecimiento del Sr. Roca.

Pero no se redujo todo á diversiones de carácter popular, pues la benemérita sociedad lo *Rat Penat* celebró una solemne sesión para premiar á los poetas laureados en los *Juegos Florales*, habiendo alcanzado la flor natural nuestro queridísimo amigo D. F. Sanmartín y Aguirre, cuyo triunfo, por razón de sus estrechas relaciones con este periódico, consideramos por decirlo así como propio.

Ello es que Valencia mantiene de cada vez mejor sentado su pabellón de capital tan ilustrada como floreciente, y que los forasteros que á ella acuden á millares por este tiempo la abandonan encantados del fino trato de sus moradores, y más aun, de la deliciosa belleza de sus mujeres, cuyos proverbiales encantos bastarían á hacer grata al más descontentadizo la existencia en aquella bendita tierra.

Pocos días antes, y como si antes de entregarse á las diversiones se quisiese tener tranquila la conciencia respecto á los deberes para con los desgraciados, inaugurábase el sanatorio de Portaceli, sostenido exclusivamente por la caridad de los valencianos y timbre de honor de aquella ciudad, que habrá sido la primera en plantear lo que la ciencia aconseja hoy como el mejor, y quizás único medio para contener los estragos de la más traidora de las enfermedades.

Así la ilustre capital valenciana sabe hermanar los más nobles sentimientos, siendo al par tan hermosa como caritativa, tan ilustrada como artística y tan seducida en el consejo como decidida en la acción.

GRAN FERIA DE VALENCIA

QUE CELEBRA EL 20 y 21 de JULIO

PROGRAMA

RETRETA MILITAR
FUSILAMIENTO

BAILES POPULARES
CARRERAS DE VELOCIPEDOS

FIESTA DE NIÑOS

GRANDES CORRIDOS DE TOROS
LOS DIAS 22, 23, 24, 25, 26 y 30

MATADORES
MAZZANTINI, FUENTES, BOMBITA, ALCABENO

TOROS de Moura y de Arcaño
Matón D. Filadelfo de Páez, Romero y de Olazábal, y otros

JUEGOS FLORALES
CERTAMEN MUSICAL

GRAN CABALGATA

BATALLA DE FLORES



1. Dios sabe hasta cuando hubieran dormido nuestros viajeros si no los hubiera despertado el revisor de billetes.



2. —Ese cesto colóquelo usted debajo del asiento.
—No me da la gana.
—¿No? Ya vendrá quien se lo haga quitar.



3. —Vamos, hombre, quite usted ese cesto, no sea terco.
—Señor jefe, ya le dicho que no me daba la gana.
—Mire usted que llamo á la pareja.



4. —O quite usted el cesto ó se viene usted con nosotros.
—Yo no lo quito. ¿Qué tengo yo que ver con el cesto? No es mío.



5. —¿No me apure usted la paciencia! ¿De quién es el cesto?
—De ese.



6. —¿Y usted con qué alma se está ahí sin quitar el cesto?
—¡Otra que Dios! A mí nadie me ha dicho nada.